

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—Entresueños (poesía), por don Angel Maria Dacarrete.—Cuentos de color de Rosa, por don Antonio de Trueba.—Fragmento de una Conversacion, por don Pablo Ortega Rey.—Variedades, por don C. Rubio.—Modas.—GRABADO: Figurin de Modas.

## INSTRUCCION.

### ESTUDIOS HISTÓRICOS.

#### SAFO.

RAPIDA OJEADA.—GRANDEZA Y DECADENCIA DE ATENAS.



I la India y el Egipto tuvieron su época afortunada, así como la Fenicia, también la Grecia llamó la atención del mundo, por sus expediciones, por la guerra de Troya, por sus costumbres heroicas, por su civilización en fin.

Comparte la Persia su fama con la Grecia, y Nabucodonosor, Ciro, Creso, Cambises, immortalizan su patria y su nombre, y lo immortaliza también Esparta, la patria de Licurgo y de Minos, que brillan como en la Grecia sus siete sabios (1). Resuena por el mundo el nombre del Areópago; son conocidas sus magníficas leyes; lo son también los pequeños estados de la Gre-

cia, y lo son sobre todo sus guerras médicas, el incendio de Sardes, las batallas de Maraton, de las Termópilas, de Salamina y de Platea; la victoria de Micala, el incendio de Atenas, y los gloriosos nombres de Milciades, de Aristides, de Temístocles, de Jerjes, de Pericles, de Alcibiades, y otros mil que enaltecieron su patria glorificando su nombre.

Adquiere así Atenas una indisputable supremacía, se reconstruye, pero luchan entre sí los griegos, arde la guerra civil, que es la mayor calamidad de los estados, y perece en su llama la grandeza de Atenas, la ciudad mas grande de la antigüedad, escepto Roma.

Tanta y tan magnífica grandeza, estaba manchada por la corrupción de las costumbres públicas, y hasta horroriza la reseña que nos hace la historia de lo que se practicaba en la sociedad. Aquella relajación de las costumbres, aquel punible olvido de lo que constituye la fuerza moral de los pueblos, no podía menos de atraer en pos de sí las consecuencias que atrajo: la decadencia de la nación!

Se puso Esparta á la cabeza de Grecia; se originaron treinta tiranos, y solo despues de un terrible sufrir, recupera Atenas su libertad, se reconstruyen sus muros, y goza de alguna paz por algun tiempo.

Grecia, presentada por algunos escritores como la cuna de las artes, del saber, de la ilustración del mundo, fué también la cuna de una mujer, cuyo nombre es un gran timbre de gloria para un pueblo, por lo que honra á la humanidad.

Estamos de acuerdo con un ilustrado escritor, nuestro compatriota, en que están muchos en un error, creyendo como en lo antiguo que Safo, despues de haberse entregado á todo género de desórdenes, se enamoró ciegamente de Faon, bello y joven co-

(1) Eran los siguientes, y se les atribuyen estas conocidas sentencias.

*Solon.* Conócete á tí mismo.

*Chilon.* Vé el fin de una larga vida.

*Pittaco.* Aprovechate del momento oportuno.

*Bias.* Los malos forman el mayor número.

*Periandro.* Con habilidad todo es posible.

*Cleobulo.* No hay cosa mejor que la moderación.

*Thales.* Promete, el peligro es inminente.



merciante; que éste despreció su pasión y la abandonó; que le siguió á Sicilia; y en fin, que desechada y víctima de la ira de Vénus, se determinó á hacer la prueba que llamaban del *salto de Léucades*, ó lo que es lo mismo, arrojarle desde el promontorio de Léucades al mar Jonio, para buscar remedio al amor desgraciado. Tal es también el asunto de mas de una producción teatral; mas no es exacto.

Se tiene hoy ya como seguro que hubo dos griegas célebres con el nombre de Safo: una la poetisa, y otra la cortesana amante de Faon, siendo esta última natural de Eresos, en la isla de Lesbos. El ser ambas de esta isla, dió sin duda lugar á confundirlas.

Safo, nació en Mytilene, ciudad de la isla de Lesbos, unos 600 años antes de Jesucristo. Poco ó nada se sabe de su infancia, solo que apenas salió de ella, se casó, y quedó en breve viuda. Libre entonces de las atenciones domésticas, pudo dar rienda suelta á su génio, á su brillante imaginación, entusiasta por todo lo bello y sublime.

Sus versos y su ejemplo incitaron á las jóvenes de su sexo á disputar á los hombres la palma del talento, y adquirió á poco tanta celebridad, que desarmó á sus rivales envidiosos. Así como acudían á oír los versos del inspirado Homero sus conciudadanos, así seguían á Safo las mujeres mas famosas de la Grecia para escuchar sus magníficos cantos.

Aquella sociedad de refinado gusto, aquel pueblo entusiasta por todo lo grande, rodeaba siempre á Safo, se eternecía con sus dulces odas, y sentía á la par que la poetisa, lo intenso del dolor por una esperanza perdida, y la alegría del corazón por un amor correspondido.

Entre sus admiradores, se encontraban los célebres poetas Archilo, Archiloco, Hiponax y Alceo, los cuales la amaban, gozando de este modo Safo de los mas bellos homenajes de los dos sexos, y del doble placer de reinar á un tiempo sobre ellos por el amor y la admiración. Safo amaba á la vez á todos sus discípulos, y de ahí se augura que tuvieron origen los tiros de que la hizo blanco la calumnia.

Partidaria ardiente de la libertad de su patria, parece que se comprometió con Alceo en una conspiración contra Pitaco, tirano de Lesbos, y que descubierta la trama, fué desterrada de Mytilene con todos los demas conjurados.

La Sicilia la ofreció un asilo por el resto de su vida; y cuando murió, la erijieron una estatua, que aun existía en Siracusa en tiempo de Cicerón, y era obra de Silanion.

Safo es la personificación de una época de emociones tiernas, de dulce poesía. Ella inventó el plectro,

especie de púa para herir las cuerdas de la lira, y ella inventó el verso que lleva su nombre, sáfico. Ella dió origen en sus versos á que se conociera en nuestras emociones la pasión exagerada del amor, y á la par que daba ideas á los médicos, presentaba modelos de buen gusto á los poetas. No en vano la Grecia admirada la llamó *décima musa*.

La historia ha presentado á Anacreón, á Alceo, etc., dando esplendor á Grecia y en particular á Lesbos; y siendo contemporánea Safo, ¿ocupa inferior lugar que estos vates ilustres? No puede envanecerse su sexo de que aquellos tiempos de magnífica poesía, pueden ser personificados también por una mujer que supo reunir el doble encanto del sexo y del saber?

Si en unos pueblos se suscitan amazonas que solo saben ser guerreras, en otros surgen poetisas como Safo, que enaltecen la ventura, la paz y el amor; mas en una y otra parte, con la espada ó con la lira, desmiente ese sexo la impotencia á que se le ha querido relegar, la ignorancia en que se le ha querido sumir, la nulidad que se le ha atribuido.

Safo compuso nueve libros de poesías líricas, y solo nos han quedado algunos fragmentos que han llegado hasta nosotros algo desfigurados, pero en los que se revela sin embargo el exceso de la pasión de aquella mujer, cuyo fuego pinta en la famosa oda que empieza:

¡Feliz quien, junto á tí, por tí suspira!

A. PIRALA.

## LITERATURA.

### ENTRESUEÑOS.

No sé decir porqué... (¡ya tanto hacia  
Que no pensaba en tí sino despierto!)  
No sé decir porqué, la última noche  
Te ví entre sueños!

Tan hermosa á mis ojos como siempre:  
Tan pura y dulce como en otro tiempo!  
Pero estabas tan pálida! tan triste!  
Al recordarlo tiemblo!

Todo un mundo de amor y de pesares  
Nuestras mútuas miradas se dijeron;  
Mas, ni siquiera nuestros nombres, nada:  
Murmuró el eco!

Inmóviles los dos y silenciosos,  
Apoyada la mano sobre el seno,  
Sonreimos..... ¡Yo estaba al despertarme  
En lágrimas deshecho!

ANGEL MARIA DACARRETE.



## CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

Voy á decir porqué llamo á estos cuentos *Cuentos de color de rosa*.

A la verdad pudiera ahorrarme este trabajo porque, como dicen los franceses, *le nom ne fait rien á la chose*, lo que en español liso y llano viene á decir, que maldita la cosa importa el nombre.

Y tienen muchísima razon los franceses. Que mis cuentos sean buenos, y poco importa que sean de color de rosa ó de color de azucena.... con tal que no sean *verdes* ni *colorados*.

Pero como escribo para españoles y no para franceses, y no todos los españoles participan de mi opinion en cuestiones de nombre, insisto en justificar el de estos cuentos.

Estos cuentos se llaman *de color de rosa* por tres razones:

La primera, porque se han escrito en papel de color de rosa.

La segunda, porque me los ha inspirado una muchacha, que si no tiene por nombre Rosa, tiene por cara un manojito de rosas y de claveles.

Y la tercera y principal porque, reverso de la medalla del pesimismo y la negacion, que van invadiendo la literatura destinada á refrescar y consolar las almas, presenten el mundo de color de rosa.

Me parece que alegar mas razones seria gastar pólvora en salvas.

—¿Y por qué, me preguntará el lector, llamas *cuentos* á lo que no pasa de *uno*?

—Eso, le contestaré, es cuento de cuentos.

Los campos sonrien, sonrie el cielo, sonrie mi corazon, y sobre todo, sonries tú, purísima rosa del jardin de mis amores, cuando me ves glorificar las cosas puras y santas.

Cantemos cosas santas y puras, empezando por los dolores de la infancia, que son los mas puros y santos que hay en la tierra.

### LA MADRASTRA.

#### I.

A la puerta de nuestra casa habia un hermoso emparrado donde, en las apacibles tardes de primavera, mi abuela, que en paz descansa, nos contaba cuentos muy lindos, hila que hila su copo, porque decia la buena señora, y decia bien:

—Mas vale que estos enemigos malos se estén aquí entretenidos con mi charla, que no trepando por los nogales y los cerezos, destrozándose la ropa.

Una tarde estaba nuestra madre malita en cama, aunque no de gravedad, y mi hermano y yo escuchábamos, segun costumbre, los cuentos de nuestra abuela, que de cuando en cuando interrumpia su narracion y nos abandonaba por un momento para ir á ver á la enferma y preguntarle con cariñoso acento: —Quiéres algo, hija? cómo te sientes? arreglarle la cama, y volver á sentarse y á hilar su copo bajo el emparrado.

—Hijos, nos dijo en una de estas vueltas, rogad á Dios que vuestra madre se ponga buena, que si Dios os la llevára, qué seria de vosotros!

—Entonces, abuelita, repuse yo, nos traeria otra señor padre. A Juanito se le murió la suya, y dice que su padre le va á traer otra que se llama madrastra.

Mi abuela se sonrió al oir esta inocente observacion mia, y mi hermano exclamó:

—Madrastra, ¡ay qué nombre tan feo!

—Algunas de las que se llaman así, dijo mi abuelo, son muy buenas, tan buenas como las que se llaman madres; pero esas son tan contadas como los Padres Santos de Roma.

—Abuela, porqué dicen «madrastra, el nombre le basta?»

—Y porqué dicen tambien «madrastra, el diablo la arrastra?»

—Porque el diablo las arrastra, primero al mal y luego al infierno.

—Ay qué miedo!

—Ay qué pícaras!

—Y sabe Vd. cuentos de madrastras, abuelita?

—Vaya si los sé, hijos míos.

—Ay, cuéntenos Vd. uno!

—Os le voy á contar, para probaros dos cosas.

—Y qué cosas son esas, abuela?

—Que es una gran desdicha quedarse sin madre, y que Dios concede su ayuda á los débiles y desamparados, cuando se hacen dignos de ella.

Mi abuela hizo otra visita á la enferma, volvió bajo el emparrado; nosotros nos sentamos á sus piés y le prestamos atento oido, alzando con infinita curiosidad nuestra carita sonrosada, como si pretendiéramos adivinar las palabras de la anciana antes de haber salido de sus lábios.

#### II.

Vivian cerca de Valmaseda Martín y Dominica, su mujer, unos honrados labradores que tenian tres hijas como tres luceros del alba, llamadas la mayor Isabel, la mediana Teresa, y la pequeña Mariquita.

Una tarde le dió á Dominica un dolor de costado, y la pobre llamó á su marido y le dijo:

—Martín, por el amor de Dios te pido, que vayas á buscar al señor cura, que yo me voy á morir;



pero antes oye un encargo por si me muero antes que vuelvas. En faltándote yo, como las niñas aun no pueden arreglar la casa, necesitarás una mujer que la arregle, y como eres jóven te volverás á casar. No te lo prohibo, porque me hago cargo que donde no hay mujer no hay cosa con cosa; pero por la Virgen Santísima te pido, que si das madrastra á las hijas de mi alma, no consientas que las maltrate, ni las maltrates tú tampoco mientras cumplan con el primer deber de los hijos, que es obedecer á sus padres.

Martin aconsejó á Dominica que no pensara en la muerte, pues su mal no era cosa de eso, y en lugar de ir á buscar al señor cura se fué á buscar al médico, despues de jurar á su mujer, que si por desgracia llegaba el caso de tener que cumplir su encargo, le cumpliría fielmente.

No se había engañado la pobre Dominica: hay un ángel que cuando las madres van á morir se lo dice al oído para que tengan tiempo de recomendar sus hijos á los que puedan ampararlos. Cuando Martin volvió con el médico, Dominica se había ido al cielo despues de hacer jurar á sus pobres hijas que obedecerían siempre á su padre y á la que les sirviera de madre.

Pasaron dias y pasaron meses, y la casa de Martin estaba en completo desórden, porque la mayor de las niñas no llegaba á los ocho años.

—Martin, decia al honrado Labrador su vecina Ramona, no seas tonto, hombre, busca una mujer como Dios manda, que de sobra las hay, y cástate para que esas criaturas y tú tengais una miaja de arreglo.

—Yo dar madrastra á mi hijas! contestaba Martin, madrastra á mis pobres hijas, tan queridas y tan mimadas por aquella santa que está en el cielo! No se canse Vd., que para mí están demas las mujeres en el mundo.

Y el desconsolado padre saltándosele las lágrimas atraía hácia sí á las niñas y las colmaba de besos, y alisaba sus cabelleras sedosas y rubias, y arreglaba sus vestiditos, en cuyo desaliño se echaba de ver la falta de la solícita mano maternal.

Pasaron meses y pasó un año, y el pobre Martin llegó á convencerse de que su casa estaba mal, muy mal, rematadamente mal, sin una mujer propia que mirase por ellos, porque ni las niñas tenían quien las enseñase á ser mujercitas de su casa, ni la ropa se cosía, ni se gobernaba la comida, ni se cuidaban las gallinas, ni se compraba regateando como es debido, ni se hacía nada en casa con fundamento.

Martin, eso sí, echaba mano á todo como si fuera una mujer, que por eso no se les cae á los hombres ninguna venera, pero los hombres han nacido para ser hombres y no para ser mujeres, y había vez que yendo á partir una cazuela de sopas, por partir el pan partía la cazuela.

Tomó una infinidad de criadas; pero las criadas en lugar de pensar en la casa, pensaban las puerconazas en sus novios, y el pobre Martin andaba como aquel que dice sin calzones. Ramona, su vecina, que era una de aquellas señoras de fuste y fundamento que se van acabando, le ayudaba algunas veces, pero la pobre tenia que atender á su casa, que era antes que la del vecino.

Un dia se sentó Martin á la puerta, desesperanzado ya de hacer entrar la casa en órden, cavila que cavila, á ver si encontraba un medio de salir adelante sin tener que volver á casarse; pero sus cavilaciones eran inútiles: el medio que buscaba no parecia. Cuando su desesperacion llegaba al colmo, hétele que acierta á pasar por allí una muchacha, que tenia muy buena nota en la aldea, le saluda, y va á seguir cantando su camino.

—Joaquina, le dice de repente Martin, mis niñas no tienen madre que las quiera y las enseñe, ni mi casa tiene ama que la gobierne. Te quíeres casar conmigo? Y entre «vaya qué cosas tiene Vd.»—«Cuántas hallará Vd. mas guapas que yo!»—«No digo que sí, porque me da vergüenza.»

Joaquina dió palabra de casamiento á Martin.

Tres semanas despues, en aquel mismo sitio, se daba una encerrada que metia miedo.

La casa de Martin era á los pocos dias una tacita de plata.

Martin iba los domingos á misa con una camisa mas blanca que la nieve, y mejor planchada que la del rey de España.

Las niñas iban todos los dias á la escuela alegres como los pájaros, coloradas como las cerezas, y tan aseadas, que verlas era ver el sol de Dios.

El gato Minino, que antes se pasaba el dia y la noche pidiendo *magro* con voz desfallecida, porque nadie cuidaba de darle *magro* ni gordo, se iba poniendo redondo como una pelota, y lustroso como el terciopelo y hasta miraba con desden los platos de sopa en leche con que su ama le obsequiaba.

Las gallinas habían vuelto á poner y á cacarear.

Y el perro Leon, que antes ganaba el sustento con el sudor de su piel atrapando alguna que otra liebre en las seves (1) inmediatas, se daba á la *vita-bona*, durmiendo bajo los parrales que cercaban la casa de sus amos. Todo sonreía en casa de Martin, como si alguien hubiese bendecido la casa.

¿Habrá derramado sobre ella desde el cielo su bendición Dominica?

¡Quién sabe!

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

(1) *Seve*, monte bajo comunmente poblado de matas de rebollo (*roble*), y borto (*madroño*), que se talan, si no estamos trascordados, de seis en seis años para hacer carbon.



## FRAGMENTO DE UNA CONVERSACION.

A mi amigo ANTONIO ARNAO.

Te debo, querido Antonio, el final de la cuestion entre el coronel Rodriguez y nuestro amigo Andrés. Voy pues á referirte, puesto que ni una palabra perdí de todas las que pronunciaron ambos contendientes.

Ya te dije que el coronel es hombre de cuarenta y cinco años. Que su bellísimo carácter, la esmerada educacion que ha recibido, el conocimiento nada vulgar que de los hombres y de las cosas tiene, y el claro talento y los finisimos modales que le adornan, le conquistan desde el primer momento las simpatías y el aprecio de cuantos le tratan.

De Andrés, puesto que le conoces, nada tengo que decirte.

Una hora llevaban de la mas acalorada discusion, cuando sucedió un momento de silencio. Creia yo que aquella se hallaba ya terminada, sin que el laurel de la victoria pudiera ceñirse á la frente de ninguno de los mantenedores, cuando hé aquí que nuestro amigo, tomando una cómoda posicion en su butaca, apostrofa nuevamente á su adversario.

—Lo repito, coronel: la sociedad camina con el rápido descenso del rayo á sepultarse en un profundo abismo.

—Tres veces me ha dicho Vd. lo mismo, sin que yo haya intentado contradecirle, pero sin que Vd. me haya enseñado tampoco la proximidad del abismo, ni explicado las causas de ese rápido viaje que ha emprendido la sociedad.

—Las causas! ¿las quiere Vd. mas claras, mas patentes que las que todos los días se presentan á nuestros ojos?

—Confieso la debilidad de los míos, puesto que no ven con la claridad que los de Vd.

—Coronel, Vd. se burla. Hoy no hay fé, no hay pudor ni virtud.

—Con alguna mas razon dijeron á Pelayo que no habia patria, cuando la España, en casi su totalidad se hallaba dominada por los moros; y Pelayo sin embargo salvó á aquella del poder de estos, y fué el regenerador de la monarquía española, la cual aun subsiste á pesar de los siglos que han trascurrido.

—Es que Pelayo encontró un ejército de valientes que secundase sus ideas, y todos marcharon de consuno á un mismo fin. Hoy no encuentra Vd. dos personas que piensen de un mismo modo, porque el único móvil que á todos impulsa es el interés.

—Es decir, que Vd. niega la nobleza de sentimientos y las grandes afecciones?

—Absolutamente.

—Luego para Vd. no existen los goces de la familia, ni el sagrado de la amistad, ni las dulzuras del amor?

—Palabras vacías de sentido, y que solo por lujo conservamos en el diccionario.

—No se ofenda Vd. por mi pregunta. ¿Qué edad tiene Vd.?

—Veinte y dos años.

—La mas á propósito para no hacer otra cosa que versos á los arroyos, á las flores y á los pájaros.

—Observe Vd. coronel que la generacion actual no es la generacion del siglo pasado.

—Y qué me quiere Vd. decir con eso? Que la juventud de hoy, merced al desarrollo que ha tomado la enseñanza, se ilustra mas pronto que las que han precedido á Vds?... Se lo concedo. Pero basta el haber estudiado un poco de filosofia, saber que la estrella b se encuentra á tal distancia de la tierra, que Rávena es una ciudad de Italia, chapurrar algo el francés, escribir algunas redondillas, y decir cuatro chistes en las tertulias para tenerse por hombres instruidos, y para creerse con derecho á hablar de todo, á censurar todo y no encontrar nada bueno?—Cuándo han adquirido Vds. el conocimiento de lo que censuran para juzgarlo con acierto? Y en ese juicio, qué luz es la que les sirve á Vds. de guía? Será por ventura la de la conciencia, que no ha tenido tiempo de ver, ni de estudiar, ni de comparar; que no ha podido formarse porque principia á nacer, y porque la conciencia se forma, no con la práctica del estudio, sino con el estudio de la práctica? Le parece á Vd. que á los veinte y dos años se tiene ni puede tenerse suficiente conocimiento del mundo, para juzgar de un solo rasgo los innumerables asuntos que en él tienen lugar?

—No me negará Vd. que los libros son un gran maestro.

—Cómo he de negar eso yo. Seria preciso para hacerlo que hubiese perdido la razon.

—Pues entonces....

—Es que lo que yo niego, es que esa juventud haya estudiado lo suficiente para tener la instruccion que Vd. quiere darle. Es que lo que yo niego, es que esa juventud en su estado actual pueda ser, como se pretende, el tribunal cuyo inapelable fallo vayan á escuchar sumisas las clases todas de la sociedad. ¿Pues qué, no sabemos todos lo que es en su mayor parte esa juventud que hoy causa tanto ruido? Sus conocimientos se estienden á hablar un poco de Byron, á citar cuatro frases de Voltaire ó de Rousseau, á retener en la memoria algunos trozos de Lope, de Lamartine ó de Calderon, y con este caudal de co-



nocimientos se van á escribir artículos de fondo y de ciencias en un periódico político : es decir , á ser los mentores de los pueblos , los directores de la opinion pública , y los censores de los actos de hombres que se han quemado las cejas consultando libros , registrando hechos y comparando situaciones , y cuyas cabezas han encanecido en el trabajoso estudio de la práctica.—Yo conocí un jóven que jamás habia salido de Madrid , y que llenaba sin embargo todos los dias las columnas de algunos periódicos con artículos de viajes y de costumbres. Hube de preguntarle una vez cómo se arreglaba para obrar aquel milagro , y tuvo el valor de contestarme *que se valia para ello del auxilio del mapa*. ¿ Quiére Vd. decirme la verdad que tendrían los tales artículos ? Si un dia se le hubiese ocurrido al célebre viajero decir que los chinos visten de frac y pantalon de trabillas , y que cuando muere uno de ellos los parientes del difunto bailan en su obsequio la jota aragonesa al compás del tamboril y de la pandera , los que semejante absurdo hubiesen leído se darian despues de cabezazos , defendiendo contra el que les contradijese , que los chinos tienen estas costumbres.—¿ Quiére Vd. saber lo que es la sociedad segun esos Mecenas ? Vaya Vd. á una mesa de el Suizo ó de la Iberia : al rededor de ella verá Vd. congregados diez ó doce jóvenes , en cuyo lábio superior no apunta todavia el bozo. Ellos le dirán á Vd. en tono doctoral que los gobernantes de todos los países caminan de desacierto en desacierto , y le resolverán en un tres por cuatro los mas difíciles problemas de la política de las naciones. Los mas hábiles diplomáticos , los mas renombrados economistas , y los hombres mas eminentes de gobierno , son para ellos unos aprendices , que ni siquiera conocen los primeros rudimentos de los asuntos que traen entre manos.—Pues dejemos los actos de la vida pública , y pasemos al sagrado de la vida privada. En aquel sapientísimo congreso le dirán á Vd. del mismo modo que Vd. acaba de decirme , que la sociedad camina con el descenso del rayo á su inevitable ruina. Que hoy no hay fé , ni pudor , ni virtud.

—Y dirán muy bien , porque es una verdad , muy triste en efecto , pero es una gran verdad.

—En boca de esos ancianos de veinte años , sobre todo. Efectivamente no hay fé , pero es en el pecho de esos descreídos , que á trueque de pasar por *despreocupados* lo niegan todo. No hay pudor , pero es en los impuros lábios de esos imberbes , que no los mueven sino para vomitar el veneno de la calumnia. No hay virtud , pero es en el alma de esos sacerdotes del indiferentismo , y como tales , incapaces de comprender y apreciar en su valor las grandes acciones.—Yo reconozco , con harto dolor , que la sociedad no es lo que debiera ser ; que la nobleza y la abnegacion van cediendo el campo al espíritu mer-

cantil y egoista de la época ; que la fé , el pudor y la virtud , van perdiendo terreno en la gigantesca lucha que sostienen contra los vicios ; pero de esto , á presentar tan inevitable como próxima la ruina de la sociedad , hay una gran distancia.—Penetre Vd. en el interior del hogar doméstico , y todavia verá Vd. agrupadas en él á las familias practicando la virtud , y rindiendo culto á la fé y al pudor. Allí es donde debe estudiarse la sociedad para conocerla en su verdadero estado y juzgarla con algun acierto : no en los cafés , ni en los teatros , ni en los paseos. En estos sitios la que se presenta á nuestros ojos es la sociedad mentira : solo en aquel es donde reside la sociedad verdad.—Hoy , por un capricho tan criminal como inesplicable , tenemos mas empeño en aparecer malos que en serlo realmente. De aquí el que los que no tienen un verdadero conocimiento del mundo , lo juzguen tan desfavorablemente como Vd. lo juzga.

—Pero , y la opinion pública , ese juez que solo pronuncia sus fallos en vista de datos incontestables ?

—Aparte de que la opinion pública , aun manifestada por bocas autorizadas , suele equivocarse el mayor número de veces , yo no admito , y esta es la base de nuestra cuestion , el que esa opinion pueda ser producto de la juventud por la que Vd. tanto aboga.—La opinion : tribunal de doble rostro , que lo mismo sirve para acriminar la virtud que para enaltecer el vicio.—Un fracaso en amores , un servicio que no ha podido hacerse , se apresuran Vds. á llevarlo al círculo de sus amistades. Allí , al rededor de la mesa , y con unas copas delante para mejor iluminar el entendimiento , se hacen los comentarios del hecho , que siempre son contrarios á la persona de quien se trata. El mas noble comportamiento , favores anteriormente dispensados , son siempre pospuestos á una falta involuntaria , y como involuntaria perdonable ; y el sugeto colocado por aquellos jueces en el banquillo de los acusados , queda declarado culpable del crimen que se le imputa. Sale de allí , y es llevada á otros círculos por el *tribunal sentenciador* la supuesta culpabilidad. Esta va haciéndose conocer de unas personas , y despues de otras , y luego de otras. La opinion toma cuerpo , va formándose , se forma y despues de formada se pronuncia , y á su vez declara culpable al que es inocente , y blanco solo del despecho y de la calumnia.—Hé aquí lo que es la opinion pública ; ese juez *infallible* cuyos severos fallos parten casi siempre de un supuesto falso.—Desengañese Vd. jóven , todavia hay fé ; todavia hay pudor y virtud. No se halla la sociedad aun en el estado de agonia en que Vd. la pinta. Está enferma , muy enferma , pero su curacion puede ser tan fácil como completa , si la juventud , en vez de ayudarla á morir como lo hace acriminándola , se consagra á separarla de la tumba con la práctica de todas las virtudes. . . . .



Concluyó el coronel de hablar; y nuestro buen Andrés quedó silencioso y con la cabeza baja, lo cual fué lo mismo que decir: «Hé sido vencido.»

P. ORTIGA REV.

## VARIETADES.

Señor Director del ALBUM DE SEÑORITAS.

Muy señor mío y mi amigo: Por el correo interior he recibido la siguiente carta, que en prueba de mi arrepentimiento estimaré de Vd. que publique en su apreciable periódico, para confusión mía y de los que piensan como yo sobre adornos femeniles. Nada tengo que oponer á las razones de la linda suscritora que de tal modo me *surra* por mi mal humorado artículo. Confieso, pues, mi derrota, y abjurando mis errores, suplico de rodillas que me perdone el pecado de *leso gusto* que he cometido, y en que me propongo no reincidir.

He aquí la carta:

Sr. D. Carlos Rubio.

Muy señor mío: Con suma estrañeza he visto en el único periódico que leo entero, que es el *Correo de la Moda*, un artículo firmado por Vd. contra los adornos, y sobre todo contra los adornos femeniles.

¿Qué mal le han hecho á Vd. nuestros adornos? ¿Es qué le incomoda vernos ocupadas de ellos mas frecuentemente que de política? Dé Vd. gracias á Dios de que así sea. Ocupacion por ocupacion, la nuestra es preferible, pues no hace daño á nadie, mientras que Vds. con la suya le hacen frecuentemente á los demas y á sí mismos. ¿Es qué pasando por las ferias alguna dama á quien Vd. hablaba de amor le ha interrumpido enseñándole algun adorno? Dé Vd. gracias á Dios tambien de que las modas le hayan proporcionado el medio de hacerse agradable, aunque solo sea por un momento, á quien Vd. queria agradar y no agradaba. A mi entender, los hombres debian alegrarse mucho de que una mujer á quien ofrecen su sangre, su corazon y su vida, le responda:—Me contento con un vestido.

Pero ¿para qué buscar esplicaciones al artículo de Vd.? Con la firma del autor basta para explicarle. El traje de Vd., descuidado siempre, debía hacer adivinar sus ideas sobre este punto, y ya que ha tenido Vd. á bien aconsejarnos que nos cuidemos menos de nuestro adorno, permítame que le pague su consejo con otro mas razonable, á saber: que mire Vd. mas por el suyo. Crea Vd., y esto se lo digo como buena amiga, aunque no he visto á Vd. sino una vez,

crea Vd. que su traje es su mayor enemigo. El traje es lo primero que se vé en un desconocido que se nos presenta, y quien acerca de su dueño nos dá los primeros informes. Un traje descuidado, prueba en quien le lleva cierto desden hácia los demas, que nos ofende, ¿y cómo espera Vd. que le oigan las personas á quienes ofende antes de hablar? Puede Vd. exigir de las personas á quienes se apresura á probar que, desdeña, sino que le desdeñan? Por lo demas estoy completamente de acuerdo con mi amiga Aurora, en que no tiene Vd. ni visos de razon al censurar las modas que, favoreciendo el lujo, mantienen á los artistas. Yo creia haber leído este mismo pensamiento en una novela de Vd., pero esa novela está impresa hace dos años lo menos, y seria Vd. el primer hombre que pensase y sintiese lo mismo dos años seguidos.

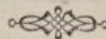
Esa misma volubilidad de los hombres es la principal causa de la veleidad de nuestras modas. Para agradar á un hombre continuamente no nos basta la virtud y la hermosura, porque cuando ha visto una cara bonita muchas veces, es como cuando ha leído muchas veces una novela, que deja de interesarle, y busca otra, que aunque sea peor, le sea desconocida y le sorprenda. Si un hombre viviera dos años en una campo siempre verde, y bajo un cielo siempre azul, á una misma luz, y con una misma temperatura, se moriría de fastidio. Para agradar, pues, á un hombre, debemos cambiar continuamente, ser una mujer distinta cada mes, diversa novela cada semana, diferente cielo cada hora. Esto no lo conseguiríamos sino con el auxilio de los trajes, que podemos variar, segun nuestro deseo y nuestra conveniencia. ¿No le parece á Vd. sabia nuestra política? pues no han inventado los hombres otra mas acertada, ni que pruebe mas talento de observacion, ni mas recursos de ingenio.

Mucho mas pudiera decir sobre esta materia; pero con lo dicho basta para derribar el castillo, si no de naipes, de palabras, aun mas lijero, que habia levantado Vd. en su artículo, y por esto, y porque me espera la modista, á quien he encargado un traje con arreglo al último figurin del *Correo de la Moda*, me despido de Vd. recomendándole que en adelante, aunque parezca demasiado exigir de un periodista, no se meta á hablar de lo que no entienda, ni pretenda la plaza de censor de todo el mundo, porque todo el mundo es quien tiene siempre razon. Su amiga

N. N.

Soy de Vd. señor Director afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

CARLOS RUBIO.





## MODAS.

No teniendo grandes novedades teatrales de que ocuparnos, pues no lo son para nuestras lectoras, que la señora Ristori reciba esta noche los últimos aplausos del público madrileño en la *Guiditta*, ni que la compañía lírico-española del mismo teatro de la calle de Jovellanos inaugura mañana su temporada con la zarzuela titulada *El relámpago*, nos queda este espacio de que disponer, aplazando para otro número ocuparnos de *Un hombre importante*, dado anoche en el *Circo*. Este es el teatro de moda y el mas concurrido, y sus actores recogen cada noche mayor cosecha de aplausos, aun en piezas tan conocidas como el *Qué dirán?* y el *Hombre de mundo*.

Entrando, pues, en la materia de nuestras revistas, recomendaremos á las amables lectoras para estas reuniones una *salida de baile* llamada *Dalila*; es un albornoz de felpa, de rayas blancas y azules, en cuyo capuchon se balancea graciosamente una linda borla de seda blanca, y otra en cada una de las caídas de los costados.

Siendo aun prematuro cuanto pudiéramos decir de modas de invierno, daremos algunos detalles de las de niños, que no son poco interesantes para muchas de nuestras suscriptoras.

Las niñas llevarán este invierno anchos albornoces, abrigo tan cómodo como elegante. Conservarán tambien sus chaquetitas de terciopelo ó de otra tela de capricho. Sus vestiditos serán altos y cerrados, recomendándose la continuacion de la aldeta, y en la falda volantes ó el guarnecido mas de moda, pues no han de ser menos que nosotras en sus adornos estas damas en miniatura.

Para los niños, nada mas airoso que una blusa de terciopelo ó de poplin escocés, con adornos de pasamanería: una banda al biés adornada de dos órdenes de botones de acero es de muy buen efecto, igualmente que una gorrita de terciopelo.

Nuestras suscriptoras creemos que quedarán satisfechas por hoy en la siguiente

## Explicacion del Figurin.

FIG. 1.<sup>a</sup> *Vestido de glassé negro, con adornos de pasamanería y azabache.*

La falda es doble, y la de encima, que va terminada al canto por un jareton, está abierta por delante, aunque junta, y separándose solo por las ondulaciones de la de abajo.

Cuerpo alto y liso que baja formando pico, cuyas puntas algo separadas imitan á las de un chaleco, y están guarnecidas de una trencilla ó agreman estrecho. Cuatro presillas de pasamanería colocadas desde el cuello al talle, cierran este cuerpo. Una berta de siete centímetros de anchura, va colocada en forma de chal, quedándose por la espalda un poco mas alta del talle y bajando hasta él por delante: esta berta lleva á la pegadura una trencilla ó agreman, un fleco estrecho al canto, y está sembrada en su centro de flores de pasamanería.

Debajo de la berta, en la pegadura de la manga, nace una hombrera redonda guarnecida de un fleco que oculta el principio de la manga: ésta es muy ancha y larga, y va recogida su vuelo por pliegues en la pegadura, y por otros mas pequeños en el puño: una tira que se redondea en las puntas y está guarnecida de su correspondiente fleco, sujeta el plegado en la muñeca, cruzándose las puntas encima de ella, y sostenida la cruz con otra presilla de pasamanería.

Sombrero de crespon blanco, cubierto de tul negro salpicado de cuentas de azabache. Al borde del ala y bavolet, va un escarolado de crespon blanco, y dos blondas, una mas estrecha que la otra, van puestas al aire todo al rededor. Dos órdenes de bellotas de azabache en el ala y una en el bavolet, completan el adorno de este sombrero.

FIG. 2.<sup>a</sup> *Vestido de moaré antique, color marron. Albornoz de paño osesno, es decir, de un paño de pelo muy largo y el revés atigrado, de modo que no necesita forro: va adornado de borlas de cordoncillo de seda, y todo él ribeteado de una ancha trencilla de seda, tambien del mismo color del paño.*

Este abrigo, de grande amplitud, está cortado de manera que quede casi ajustado por delante, donde se cierra con seis botones y sus correspondientes ojales. El cuello y capuchon son de una sola pieza, y ésta ocupa solo de hombro á hombro en la parte de atrás: por delante el cuello queda separado unos cinco centímetros, y forma dos puntas, que llevan su correspondiente borla: en el capuchon van colocadas otras dos, una al borde y otra á la punta.

La manga está cortada aparte, y es lisa en la pegadura, ensanchando progresivamente sobre el brazo, tomando forma cuadrada, y cayendo estremadamente larga por detrás: una borla pende del ángulo de adelante.

Por la parte de atrás este abrigo está cortado como un *talma* de mucho vuelo.

Sombrero de terciopelo del mismo color que el traje, adornado de plumas, blondas y cintas con rayas bayaderas aterciopeladas.

El ala avanza bastante sobre la frente, y queda modestamente hueca de las mejillas: tanto esta como la copa y bavolet, son lisos, de terciopelo, y una anchura puntilla negra va puesta al borde del ala formando velete, y se prolonga todo al rededor del bavolet. Una gran pluma parte de derecha á izquierda, adornando todo este lado, y en el interior del ala lleva rostrillo blanco, y un lazo de terciopelo verde al lado derecho.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.